

## PASEOS PEDAGÓGICOS POR PEKÍN, Y ALREDEDORES

Dr. José María Hernández Díaz  
e-mail: jmhd@usal.es  
Universidad de Salamanca

### **Pekín, un icono educativo de China**

Decir, como un pretencioso cualquiera, que uno ha viajado por China, habiendo tomado contacto apenas con Pekín y alrededores, no deja de ser eso precisamente. Y China es inmensa. Y afirmar que quien escribe conoce los elementos básicos de la educación china, incluso de su sistema escolar, y se cree capaz de comentarlo con algún criterio, no pasaría de ser una grotesca y superficial manera de disimular o embaucar al lector. Nuestras impresiones son de calle, de a pie, modestas, percibidas con ocasión de visitar la ciudad y alrededores durante algunas semanas del verano de 2010. Nada más. Así las trasladamos al papel, con reflexiones de compañía.

Es cierto que Pekín (hoy se denomina a esta megalópolis desde el oficialismo chino, Bei Jíng, en expresiones de tipo político, turístico o cultural) representa el punto principal de las aspiraciones de un ciudadano chino, todavía muy afincado en una sociedad rural, a gran distancia de todo lo que simboliza la gran capital. La sociedad china camina de manera acelerada, y hasta alocada, desde el campo a la ciudad, generando grandes urbes, y abandonando sin piedad un modo de vida campesino que se había convertido en la secular expresión de la China milenaria, con sus tradiciones, formas de vida y de cultura.

Pekín es por ello la mejor expresión de la acelerada, brutal y masiva llegada de millones de chinos desde las provincias, con sus consecuencias sociales y urbanísticas, con tono ambivalente, de polo positivo y de notoria refracción.

La gran capital de China es una de las grandes ciudades de un inmenso país poblado con la friolera de 1340 millones de personas (coincidimos en nuestra estancia con la actualización del censo de población, por lo que son datos actualizados). Cuenta con algo más de 20 millones de habitantes, seguramente mal contados, porque todas las fuentes no oficiales hablan de una amplia población subterránea, no controlada, que se dedica a realizar trabajos de encargo, a precios y salarios irrisorios, y viviendo en condiciones muy precarias.

Pekín es ciudad de enormes contrastes. Es una de las grandes megalópolis más contaminadas e insanas que uno se puede encontrar en el mundo, y nada recomendable para vivir. No puedo olvidar una llegada al aeropuerto, a primera hora de la mañana, en que la niebla contaminante era tan densa y asfixiante, en pleno verano, que se imponía de inmediato el uso del pañuelo protector, en la boca, o la protección de los ojos con gafas que evitasen los picores más punzantes. Hubo días en que no se podía ver el sol, pues la nube contaminante se imponía de manera estática sobre la enorme urbe. El descontrol ecológico respecto a la industria contaminante es obvio, y también parece que el reciente y creciente bienestar de un sector de chinos ha incrementado el parque de automóviles a un ritmo insostenible para la circulación y el medio ambiente. Es cierto que por toda la ciudad, sobre todo en el centro, circulan miles de bicicletas, algunas de motor silencioso, pero parece que van en retirada frente al poderío de los coches privados. Se va triturando a cada instante el tenue equilibrio que hasta hace pocos años, al parecer, existía entre la gran población y los medios de locomoción no contaminantes que prevalecían como medio de transporte.

Pekín sigue siendo ciudad de grandes contradicciones. Algunos de los más bellos jardines que se puedan encontrar en el mundo están a disposición de los usuarios, de toda procedencia social y edad, bien organizados y protegidos, ornamentados y cuidados. Los mares reales de flor de loto que a veces emergen para el visitante convierten a varios de ellos en bellezas postales insustituibles. En ocasiones se dice haber heredado desde las tradiciones imperiales la cultura del jardín y la naturaleza que la cultura de la Ilustración vestía a Europa, y que suscitaba una apasionada dedicación de las familias imperiales chinas al cultivo de la vegetación exótica, al jardín como elemento estético y factor pedagógico y de equilibrio. Muchos de los capítulos y de las narraciones que componen la obra cumbre de la literatura china, «Sueño en el pabellón rojo», escrita por Cao Xueqin en el siglo XVIII, se ambientan en un contexto de sensibilidad cultivada hacia el mundo del jardín, de la armonía, de las flores, de las relaciones entre hombre y naturaleza brusca o elaborada. Y no se duda en reconocer que la pasión de los emperadores tiene mucho que ver con las costumbres observadas o importadas desde el Occidente de la Ilustración. Esta tradición de respeto y aplauso hacia la belleza y la naturaleza es visible y muy querida por la sociedad china. Se palpa.

Por otra parte, esta nueva cultura del jardín al servicio de la comunidad, da la impresión de una toma de posición activa de muchos ciudadanos chinos respecto al valor pedagógico de los jardines. Y no solamente como espectadores pasivos de una vida natural ordenada para la belleza construida, sino de actores muy vivos que entienden que los jardines son lugares de encuentro para la música popular, para encontrarse sin más a practicar piezas musicales corales, o ámbitos para la danza improvisada, para el baile sin complejos. De esa manera a cada instante convierten los jardines en espacios de dulzura y armonía, pero de vida real y encuentro personal.

Pekín sigue siendo un increíble contraste urbanístico. De la cultura cívica tradicional del hutong se está pasando de forma acelerada a la destrucción y sustitución del mismo por las grandes avenidas, y centenares, incluso miles, de rascacielos muy elevados, y de muy bella y moderna arquitectura, con frecuencia sede de las más grandes empresas

multinacionales y bancos. Es cierto que esta geometría de portentosos y coloridos rascacielos pekineses es muy parecida a la de los equivalentes de Shanghai, a los de Chicago y algunos de Nueva York, o los que vemos por televisión que existen en los Emiratos, Bangkok, Kuala Lumpur y otras grandes ciudades emergentes de Asia. Asistimos a un imparable proceso de uniformidad arquitectónica, aunque diferencial en ocasiones, que se asemeja a la homogeneidad dominante en las formas de civilización y formas de vida.

El modelo de convivencia y organización comunitaria de las pequeñas viviendas, concentradas y entornadas por una valle protectora, que representa todavía hoy el hutong, que vendría a ser el equivalente a un barrio de pocos miles de habitantes, con autoorganización de servicios, no deja de ser residual, y casi turístico. Si hasta hace no muchos años Pekín era una ciudad estructurada en centenares de hutongs, hoy solamente quedan algunas decenas de estos espacios rodeados de manera poligonal, con ese sabor popular, humilde casi siempre, donde impera más la miseria y la supervivencia que otra cosa. Como formaban parte de la ciudad clásica, van siendo eliminados y sustituidos por grandes y bellas construcciones, desplazando a los habitantes históricos de los hutongs hacia enormes barrios marginales, conformados por bloques altísimos de viviendas minúsculas, al parecer de baja calidad, literalmente cajas de cerillas. En ellos se aglomeran millones de trabajadores procedentes de provincias del interior campesino, y sus ahora poco numerosas familias, así como otros desplazados de los tradicionales hutongs del centro de la ciudad que van siendo desmantelados y destruidos para que emerjan en poco tiempo nuevos, elegantes y altivos edificios de oficinas de diseño arquitectónico ultramoderno.

Las prácticas de los mercados de todo tipo de productos, muy baratos pero de dudosa calidad muchos de ellos, resultan tan habituales como en cualquier gran ciudad del mundo, combinando los centros especializados, los grandes almacenes, y el pequeño comercio. En todos ellos prevalece la cultura mercantil, decididamente tendente al engaño. Es la escuela de la picaresca, de la vida. La calle Baiwanzhuang se ha convertido en el corazón y espejo de las más competitivas marcas de todo el mundo (la española Zara incluida), y es una especie de Quinta Avenida de Nueva York, emulando en todo su estilo comercial, turístico y ornamental. Hasta los grandes anuncios son los mismos de todo el mundo, pues, por ejemplo, en aquellas semanas coincidía la visita del equipo de fútbol de Barcelona, y las grandes fotografías y proyecciones electrónicas de sus jugadores (Pujol, Iniesta, Xavi, Messi, Piqué, entre otros) ocupaban fachadas enormes de grandes edificios comerciales de esta avenida tan céntrica.

Allí mismo se encuentra una espectacular librería de las Foreign Languages Press, donde pueden encontrarse libros en varias lenguas (inglés y español sobre todo), pues en otras librerías de la ciudad es muy raro encontrar libros que no estén escritos en chino. El nivel lingüístico extranjero de los dependientes y de los ciudadanos normales chinos es muy limitado. Ahora comienza a estar más presente la demanda del aprendizaje del inglés y del español, y no solo por razones turísticas, ante todo comerciales y económicas. En esa arteria tan privativa de la ciudad se encuentra una enorme compañía dedicada a los juguetes, o bien se encuentran restaurantes exclusivos, donde disfruta un sector de nuevos ricos chinos junto a algunos privilegiados turistas, entre otras lindezas gastronómicas, del famoso pato laqueado.

Pero conviene patear otros mercados más populares, como el de la Perla, el enorme mercado de los campesinos, llamado shilihe, (con amplio cupo de bellos y exóticos para nosotros animales de compañía), o el impresionante mercado de antigüedades donde, junto a una gama infinita de objetos tradicionales artesanales, se pueden adquirir útiles pedagógicos (carteles de alfabetización, iconografías educativas, libros, cuadernos y materiales escolares) a precios muy asequibles y baratos. Imprescindible es conocer la llamada Zona de Arte 798, ubicada en las antiguas naves de una fábrica de armas ya desmantelada, y recientemente adaptada para las expresiones artísticas, donde se han ido instalando multitud de artistas de toda clase (fotografía, diseño, pintura, escultura, música y otros géneros), capaces de crear un clima de ruptura con el oficialismo, expresión de la inmensa creatividad, sentimiento y colorido del alma del pueblo chino.

Por no mencionar otras actividades culturales, nos remitimos a las que organiza a cada instante el gran teatro de Pekín, expresión de una arquitectura muy bella y moderna, pero sobre todo de una gran vitalidad en su programación y presencia de las mejores compañías teatrales, musicales, coreografías de China y del mundo. Tener la oportunidad de disfrutar allí mismo de la representación de la ópera de Pekín, con sus peculiares sonidos, danzas y coloridos no deja de ser una fortuna. Tampoco es desdeñable el programa cultural del teatro Liyuan, no lejos del hotel Dong Fang, con circo, recitales y representaciones muy arraigadas en el sentir tradicional de la cultura china.

Otra expresión cultural y deportiva de la nueva ciudad de Pekín que ha emergido a raíz de la celebración de los juegos olímpicos de 2008 son las instalaciones del estadio y del palacio o cubo del agua, maravillosas y modernas expresiones de la arquitectura más innovadora y estética, pero proyectadas en una parte nueva de la capital china. Eso sí, fue preciso barrer y desmantelar literalmente, y sin contemplaciones, varios barrios humildes de la parte entonces exterior. Hoy es una de las zonas más modernas de la ciudad, toda una imagen de modernidad para el mundo y para el conjunto de la sociedad china, que ha convertido la villa olímpica en otro referente obligado de visita turística y de admiración a un tiempo.

Estas son sólo algunas de las lecciones, transidas de contrastes, que el libro abierto de la ciudad de Pekín ofrece al visitante observador, siempre que tenga buena vista, agudeza observadora, maneje un poco de inglés para realizar ciertas consultas al interlocutor, lea todos los días el «China Dayly» para estar informado, o bien en ciertos momentos tenga a mano un buen guía que le ofrezca comentarios de detalle. Otra opción es haber estudiado chino y manejarte en esa lengua, algo para nosotros por el momento prohibitivo.

### **Las lecciones de Confucio y el Colegio Imperial**

Para un historiador de la educación la visita al templo de Confucio, y en especial al contiguo Colegio Imperial, revestía una particular carga emocional e intelectual. No en vano Confucio, su pensamiento y la formación de los mandarines de la burocracia del emperador es un asunto que forma parte habitual de las explicaciones de Historia de la Educación, está presente en los manuales clásicos de ámbito universal, y recientemente lo pone de manifiesto Guo Qijia en su obra «A history of Chinese educational

thought» (2006). Estamos ante uno de los referentes de la cultura pedagógica y filosófica universal de todos los tiempos, y desde luego era para nosotros una de las visitas obligadas y esperadas de nuestra estancia en el milenario y gran país asiático. Conviene recordar que Confucio es una de las diez personalidades del mundo que la Unesco reconoce de mayor influencia en el pensamiento, la educación y la moral.

Confucio (551-479 a.X.) ha sido la mejor y más duradera expresión del pensamiento tradicional chino, y el educador por excelencia, pero sigue vigente aún en la sociedad china, a pesar de las dualidades y dicotomías, contradicciones sobre todo, que hoy definen una sociedad china volcada hacia un voraz neocapitalismo, regida por una estructura de poder denominada comunista, pero donde se observa que la mayor parte de los ciudadanos practican diferentes expresiones religiosas (budismo, taoísmo, confucianismo, cristianismo, entre otras). La extensa obra escrita de Confucio, sus libros, son conocidos y fácilmente difundidos, y sus reflexiones proverbiales y máximas inundan las prácticas cotidianas de los chinos.

Pero donde con seguridad ha quedado más y mejor impregnado el sistema de valores y las pautas docentes del confucianismo ha sido en el sistema de formación y selección de los funcionarios del emperador, de los mandarines. Y esto es lo que se puede observar a la perfección en las aulas, cátedras, patios, pórticos, bibliotecas, estancias del famosísimo Colegio Imperial de Pekín. Allí permanecen visibles para el lector las lápidas centenarias, incluso milenarias de los mandarines educados y examinados en el Colegio Imperial, al fin premiados, para ejercer su función recaudatoria, política o educativa por todos los rincones del inmenso imperio chino, a lo largo de sus muchas dinastías. En ese fantástico Colegio Imperial por fortuna se han preservado los modelos didácticos utilizados, el valor de los espacios y los ceremoniales, las vestimentas y los utensilios de aprendizaje de la difícil, exótica y casi esotérica escritura del chino mandarín. En aquellas estancias se percibía el olor de los perfumes, incienso y sándalo quemados, pero se sentía sobre todo el aliento de la ciencia milenaria, el paso de un tiempo que modula las conciencias y los aprendizajes instrumentales de los jóvenes aspirantes, de los educandos, generación tras generación, año tras año. El sistema de exámenes de los mandarines permanece bien representado física y espacialmente en el Colegio Imperial, porque fue siempre el lugar de memoria de la clave de la carrera intelectual y administrativa de quienes desean ocupar los puestos más elevados de la administración del emperador. Y saben que desde muy jóvenes, hasta que triunfan, se deben a ese interminable y selecto proceso de competición de uno contra todos. Pensemos que esta ha sido la estructura educativa y administrativa sobre la que se asentaba el poder del emperador, hasta el último de ellos, y desde milenios atrás, sistema mantenido por todas las dinastías que han gobernado el imperio de China.

El pensamiento y los ideales pedagógicos del confucianismo siguen vivos en buena parte de la población china, que no obstante también ha ido abriéndose de forma ecléctica a las pluriformes expresiones confesionales, políticas y filosóficas. De ahí que se observen diferentes devociones y prácticas religiosas en bellos templos budistas, taoístas, en el templo del sol, en iglesias católicas.

Las escuelas primarias que vimos en Pekín resuenan a los modelos escolares occidentales, pues la generalización de la escuela no deja de ser un esnobismo y ruptura del modelo tradicional de cultura elitista dominante, y de la incultura y pobreza de la inmensa mayoría de los chinos durante varias centurias, en realidad milenios, hasta nuestros días. Tuvimos la oportunidad de observar el funcionamiento de la «Beijing first experimental primary school», que había sido creada en los años 1920 por Qigong, muy influenciada por los modelos occidentales entonces vigentes, como eran los de la Escuela Nueva. También visitamos «The high school affiliated to Beijing Normal University», donde se observan pautas exigentes de formación de profesores, con sistemas muy tecnificados de enseñanza y aprendizaje.

En realidad, las muchas universidades privadas existentes en Pekín, y algunas públicas, vienen adoptando pautas de rendimiento que nada tienen que ver con las heredadas de la antigüedad, ni tampoco con las del sistema rígido del marxismo leninismo. Ahí se habla inglés, y se piensa como en la escuela de Chicago o Columbia, y por ello lo humanístico y las ciencias sociales tienen muy poco interés, si lo comparamos con los ascendentes triunfos de las ciencias experimentales y las aplicaciones tecnológicas. Salvemos, en parte, el sistema sanitario y su modelo docente en los hospitales y facultades de medicina, donde se preserva y cultiva el interés por la medicina tradicional china, por el masaje y la acupuntura, pero donde es cierto que se estudia cada día más la medicina occidental.

### **La familia y la educación tradicional china**

El conocido y respetado estilo tradicional de la familia china se asentaba en dos pilares que ahora comienzan a temblar. Por una parte, las filosofías de Confucio, Tao Zeng o Mencio, entre otros, todas ellas inspiradas en las pautas de vida del milenario oriente, apoyaban sin fisuras el valor formativo y ejemplarizante de los mayores, de la ancianidad, la sabiduría de los ancestros y el respeto a las tradiciones familiares. Así sucedía en otras culturas originarias de diferentes continentes, que también hoy se ven cuestionadas por las prácticas de vida y de pensamiento pragmático y utilitario emergente y dominante. Por otra, la sociedad china se va descosiendo con el desmembramiento de la familia rural, las distancias, el viaje, el choque de culturas, formas de producción y de vida. A pesar de todo, en lo profundo de un chino sigue aflorando el peso de la tradición familiar, de los ancestros.

A cambiar acelerada y radicalmente el modelo de familia han contribuido algunas medidas adoptadas por lo gobernantes chinos, para el control de la natalidad y el desbocamiento de la demografía china. Así, una familia que vive en la ciudad no puede tener más de un hijo, y una pareja que vive en el campo solamente puede sostener dos. Los refuerzos negativos para quienes no cumplan tales disposiciones son graves multas, penalizaciones varias y la práctica generalizada del aborto, y todo tipo de medios de contracepción y control de natalidad. Algunos de los resultados añadidos los observamos en la abundancia de adopciones de niños, principalmente de niñas, que se canalizan y negocian desde redes oficiales, no exentas de tenebrosas sospechas.

Este tan restrictivo control demográfico ha modificado de forma profunda la estructura poblacional de China. En la actualidad hay nada menos que 25 millones de varones más que mujeres, y ello se observa en muchas prácticas sociales. La familia prototípica china que pasea por la ciudad, que visita museos, que viaja a la Gran Muralla, que hace vida social, es de tres miembros (el padre, la madre y casi siempre el hijo varón), porque en muy raras ocasiones se observan otros, y en especial otras. Otro ejemplo, lo hemos observado en la entrada a la Ciudad Prohibida, donde se establecen de forma diferenciada la fila de mujeres y de hombres, y resulta que la de varones es más del doble que la de las féminas. Por tanto, y concluyendo este asunto, el modelo de familia ha sido modificado de manera radical y profunda, y hace que el esquema de familia nuclear tradicional china no tenga nada que se le parezca en la actualidad. Lo cual condiciona las pautas educativas que habían venido sosteniéndose desde milenios atrás.

Todo ello no evita observar la enorme pasión que muestran los padres por sus hijos en los jardines, en el zoo, en los paseos, en los actos musicales y culturales, en todas partes. Pero nos hace reflexionar sobre la posible inversión del modelo de atención y respecto que ha abandonado progresivamente a los mayores para proyectarse más sobre la infancia. En este punto nos parece evidente la occidentalización de la sociedad china, al menos la urbana, y lo que hemos observado en aldeas y poblaciones del entorno de Pekín, cuando hemos salido a explorar el grupo formado por Pablo (el príncipe), Irene (la princesa), el emperador y el resto, en una feliz armonía.

### **El mauselo de Mao**

Si el referente internacional de China es su capital, Pekín, en esta inmensa ciudad la plaza de Tian An Men es punto obligado de visita, y de reflexión, por varios motivos. En ese amplio espacio rectangular se concitan en estratégica ubicación, de una parte, el acceso a los jardines y la puerta exterior de la Ciudad Prohibida del Emperador, la puerta a la antigua ciudad de Pekín, el Gran Palacio del Pueblo, el Museo de Historia de China, y en su centro el mausoleo de Mao.

En una sociedad tan políticamente dirigida y obsesivamente controlada como la china de inicios del siglo XXI nada extraña que el control policial de esta espaciosa plaza, centro neurálgico de la política, de la vida social y del turismo, sea perceptible y obsesivo. Los accesos de los miles de peatones que a cada momento pasan por ella precisan de controles permanentes, los policías de uniforme son numerosos, los que no lo llevan dicen que son muchos más, opiniones reservadas pero fidedignas, y el número de cámaras de vigilancia y grabación, y torres de control no puede ser ni siquiera intuido. Es la perfecta representación del panóptico, para que el ciudadano chino, y el visitante, perciban por doquier la sensación de ser vigilado, dominado y controlado. Hay que aprender a sentirse sometido. Es preciso mostrar el poderío del poder, del estado gendarme, visible o no, pero que se perciba, y ratificar el aprendizaje de la obediencia a la autoridad, que se destila de las prácticas familiares, de la escuela, de la intervención permanente de las juventudes y organizaciones del Partido Comunista Chino, y desde luego de la calle, los medios de comunicación oficial y los espacios controlados de sociabilidad. Es todo un ejemplo de pedagogía disciplinaria de calle, de agora.

Tian An Men sigue siendo un lugar de memoria mítico, para la expresión política oficial, para la disidencia, la cultura y el turismo, para la imagen internacional de China. Por supuesto que de forma especial para los chinos, sus familias, es un espacio simbólico para la educación social, de ratificación de imaginarios, de mitos y de prácticas sociales. Es una especie de lugar de peregrinación cotidiana donde llegan miles de chinos (¡son tantos!) procedentes de provincias a veces lejanas, para tomar su foto de familia ante la entrada de la Ciudad Prohibida y sobre todo ante el Mausoleo de Mao.

Este icono chino y mundial de revoluciones maoístas pretendidas, y casi siempre fracasadas, sigue siendo el emblema oficial del actual Partido Comunista de China, compuesto por millones de inscritos, y tal vez militantes, que han de rendir pleitesía y devoción alguna vez en su vida al triunfador de la revolución de 1949, después de aquella legendaria «larga marcha».

Por cierto, en los alrededores de Pekín, a pocos kilómetros del centro de la gran ciudad se encuentra la Colina Perfumada, y muy próxima a ella, en su falda, se conserva como lugar de veneración, y como museo, la casa que utilizó Mao como cuartel general y como residencia una semana antes de la toma militar de Pekín. Esta villa lleva el nombre de Shuangqing, y popularmente es conocida como villa Mao. Allí se puede observar el mobiliario, la decoración, la estructura de aquella casa de campo incautada a alguna familia pudiente de los años 1940, y desde luego el clima personal e íntimo de un líder político y militar dispuesto a emprender la entrada triunfante en la capital de China. La exposición fotográfica que allí se conserva, y se puede visitar, es todo un ejemplo de la pedagogía de la lucha revolucionaria emprendida desde años atrás, de la larga marcha, con la presencia activa y comprometida de campesinos incorporados a la causa maoísta, con muchas expresiones de esfuerzo, dolor y violencia. Luego, al final, el culto al héroe, los pedestales sostenidos que se le colocan, van desdibujando una acción social, campesina y proletaria que de forma irremediable quedan engullidos por el poderío de un poderoso, jerárquico e inmenso Partido Comunista.

Pero volvamos al mausoleo. Acompañados por el señor Shang desde el hotel Dong Fang, uno de los hoteles clásicos y famosos de Pekín, con larga historia política en sus salones desde la segunda década del siglo XX, aquella mañana nos trasladamos de nuevo a la plaza de Tian An Men, con el objeto de tener la oportunidad de poder entrar a visitar los restos de Mao, pues solamente la visita es posible dos días a la semana.

Aquella fue desde luego una mañana muy especial. Lo primero fue observar una kilométrica y nutrida fila de miles de personas, la inmensa mayoría chinas, de todas las edades, compostura, imagen social, etnias y diferencias. Allí estaban esperando pacientemente personas de apariencia muy humilde, de tez morena y curtida por el sol, de evidentes rasgos campesinos en sus rostros, y otras muchas también de expresiones más urbanas por sus formas de vestir, cámaras en la mano y bolsas comerciales (que antes de entrar debían dejar en pequeñas consignas). Algunas mamas aprovechaban a dar el pecho con naturalidad a sus hijos ante la larga espera. Nuestro madrugón había sido inocente, porque otros miles de chinos habían puesto su planta en la plaza y en la fila mucho antes que nosotros. En especial se podían observar centenares de grupos de personas, con su gorra y bandera diferenciada, que procedían de agrupaciones co-



munistas de los lugares más diferentes y lejanos de China, para rendir homenaje a su icono, al padre de la nueva patria china. Y todo fue esperar y esperar, durante horas, para luego, a golpe de silbato y con presión física, a una velocidad fuera de lugar, tener que acelerar la visita y la llegada al mausoleo, siempre dentro del carril previamente dibujado en el suelo, y supervisados por centenares de policías. Por supuesto que en el interior del monumento se prohíben las fotos y cámaras de grabación, y entre cientos de visitantes sincronizados en la visita se podía oír el vuelo de una mosca, pues el silencio era sepulcral en el interior, en el espacio propio de Mao, sobrecogedor al fin.

Embalsamada, y visible a corta distancia, rodeado su no muy elevado pedestal por un pequeño lago, símbolo de la continuidad de la vida en la cultura china, la figura de Mao queda míticamente realzada, e invita a una profunda reflexión sobre el ser, la vida, la historia, la cultura china y los elementos estéticos y espirituales de todos los pueblos del mundo. Es una visita recomendada, porque es pedagogía vivida, o al menos así lo percibimos nosotros.

Y conviene no olvidar que el mausoleo ha sido ubicado en el eje de la gran plaza de Tian An Men, cerca de la puerta de entrada a la antigua ciudad de Pekín, y a pocos centenares de metros desde el palacio imperial desde donde se publicaban desde siglos y milenios atrás los bandos oficiales del emperador, donde sus voceros daban las buenas y malas noticias, y donde en 1949 Mao proclamó la toma del poder, de todo el inmenso dominio que anunciaba su partido, el inicio de una nueva era para China, y el punto final del último emperador.

